

privada y el Estado» (hay varias ediciones españolas)— surgió de la necesidad de refrenar los antagonismos de clases; puesto que, al propio tiempo, surgió como resultado de los conflictos de estas clases, el Estado es, por regla general, de la clase más poderosa y económica predominante, la cual, por medio también del Estado, se convierte asimismo en la clase que predomina políticamente, con lo que obtiene nuevos medios para someter y explotar a la clase oprimida. Así es como el Estado antiguo fué, ante todo, el Estado de los propietarios de esclavos, lo mismo que el Estado feudal fué el órgano de la nobleza para sojuzgar a los campesinos siervos y vasallos, y el Estado representativo moderno sirve de instrumento para explotar el trabajo asalariado por el capital.»

Todo Estado pese a sus diferentes formas, es una dictadura de la clase dominante, que sólo puede derrocar mediante una revolución social. El Estado feudal fué una dictadura de la nobleza, que echaron por tierra las revoluciones inglesa y francesa, para dar paso a la dictadura de la burguesía, unas veces velada por el liberalismo y la democracia parlamentaria, y otras —como ahora en Italia, Alemania, Austria y muchos países más— despojada de todo velo. Con este concepto de la Historia, Marx y Engels no podían suponer jamás que el Estado burgués, la democracia burguesa, o sea la dictadura burguesa, cedería de grado el cetro de su imperio. Y, lógicamente, sólo otra dictadura puede sustituirla, la de la nueva clase victoriosa, en el período de transición entre el capitalismo y el socialismo, a partir de la conquista del Poder por el proletariado y en tanto se expropia a la clase vencida y desaparecen los antagonismos de clases; entonces el Estado obrero dictatorial, cumplida su misión, se «marchita», se extingue.

No fué un lapso de la pluma. Este es el concepto de la revolución y de la dictadura del proletariado que circula por toda la obra de Marx y Engels, como la sangre por un organismo. Pero no sólo el concepto. También las palabras. Besteiro cree ingenuamente que los términos «dictadura del proletariado» los emplea Marx una sola vez, en la «Crítica del Programa de Gotha», como al desgairre, tal vez sin darse cuenta de lo que decía, por una especie de «lapsus calami», por un involuntario desliz de la pluma, frecuente en los escritores. Pues está mal enterado. Se lo vamos a probar.

Mucho antes de 1875, en que Marx envía a W. Bracke sus «Glosas marginales del programa del partido obrero alemán», conocidas después por la «Crítica del Programa de Gotha» (1), Marx emplea la frase de dictadura del proletariado nada menos que en 1852, en una carta célebre a su amigo Josef Weydemeyer, de la cual son los párrafos siguientes: «Por lo que a mí concierne, no me corresponde el honor de haber descubierto ni la existencia de las clases en la sociedad moderna ni sus luchas de la una con la otra. Los historiadores burgueses habían demostrado mucho antes que yo el desarrollo de esta lucha de clases, y los economistas burgueses, la anatomía económica de las clases. Lo que yo añadí fué para probar: primero, que la existencia de las clases está vinculada solamente con ciertas luchas históricas en el desarrollo de la producción; segundo, que la lucha de clases conduce necesariamente a la **dictadura del proletariado**; tercero, que esta dictadura es en sí misma sólo una transición a la abolición final de todas las clases y a una sociedad sin clases» (2). Como se ve, la expresión «dictadura del proletariado» es bien antigua y nada única; pero la idea es, además muy anterior, puesto que Marx la considera, en el párrafo transcrito, como animando su obra precedente.

La frase se repite también en otro trabajo suyo, donde afirma que el socialismo «es la declaración de la revolución permanente, la instauración de «la dictadura de clase del proletariado» como paso necesario para la abolición de las distinciones de clase en general, para la abolición de las condiciones de producción de que dependen las distinciones de clase, para la abolición de todas las relaciones sociales que dependen de estas condiciones de producción, para la subversión de todas las ideas que emanan de estas relaciones sociales». Estas palabras están recogidas en «Las luchas de clases en Francia», pero fueron escritas nada menos que en el cuaderno de marzo de 1850 de «La Nueva Gaceta del Rin» (3).

Todavía hay otro escrito de Marx, publicado en una revista italiana en 1873, donde, polemizando con los anarquistas, dice irónicamente: «Si la lucha política de la clase obrera adopta una forma revolucionaria; si los traba-

(1) Karl Marx et Fr. Engels: Critiques des programmes de Gotha et d'Erfurt Bureau d'Éditions, París, 1933.

(2) Briefe von Marx an Weydemeyer und Frau. Frankfurt an Mein, 1907.

(3) Marx y Engels: El Manifiesto Comunista, versión española de W. Roces, páginas 199 y 436. Madrid, 1932.

jadores, en vez de la dictadura de la burguesía, establecen «su propia dictadura revolucionaria», entonces cometen un terrible crimen e infieren un insulto a los principios, porque es evidente que los obreros, con objeto de atender a las exigencias miserables y burdas del momento, con objeto de aplastar la resistencia de la clase capitalista, hacen que el Estado asuma una forma revolucionaria y transitoria, en lugar de deponer las armas y abolir el Estado» (1).

Pero no sólo eso. Marx no se limita a teorizar sobre la dictadura del proletariado. Cuando, por una vez, ese régimen se da en la historia de su tiempo—en la Comuna de París, en 1871—, Marx lo aplaude. Unos meses antes, prevenido de lo que se preparaba, advierte a los obreros de París que lo que van a intentar es una locura desesperada. Mas estalla la revolución y Marx se adhiere a ella con todo entusiasmo y la describe en un folleto admirable, «La guerra civil en Francia», como una enseñanza perenne, por lo que se hizo como por lo que se dejó de hacer, para el proletariado universal. En una famosa carta a su amigo Kugelmann, escribe lo siguiente: «En el último capítulo de mi «18 Brumario» yo hago observar, como tú verás si lo relees, que la próxima tentativa de la revolución en Francia deberá consistir, no en que nuevamente pase la máquina burocrática y militar a otras manos, como fué el caso hasta ahora, sino en «destruirla». Es la primera condición de toda revolución verdaderamente popular en el Continente. Es también lo que han intentado nuestros heroicos camaradas de París. De qué flexibilidad, de qué iniciativa histórica, de qué facultad de sacrificio están dotados estos parisenses!» (2). Se puede pretender todavía que «la repugnancia (de Marx) por el empleo de los medios coactivos del Estado es notoria»? Pues para él, como hemos visto, destruir el Estado equivale a destruir también la organización social, de la cual el Estado es sólo el instrumento coactivo de la clase dominante.

Parece inútil, sobre ser engorroso para el lector, aportar más pruebas de que la teoría de la dictadura del proletariado, como expresión

literal o como concepto, no es para Marx una frase caída al descuido, sino el eje de toda su obra. Púrguesela de esa idea y toda su obra se vendrá abajo, pues si en ella el estudio principal es la Historia, como ninguna otra cabeza humana lo había hecho hasta él, no es para llegar a una conclusión simplemente evolucionista o mecanicista, como Kautsky y tantos otros seudomarxistas, sino para proveer al proletariado de una filosofía proletaria, de una doctrina de acción que, armada del conocimiento histórico, reaccione activamente sobre la Historia misma y la transforme de raíz. Ese es el materialismo dialéctico, a la vez vital y racional, de Marx, frente al materialismo automático, pasivo, antirrevolucionario de sus discípulos mixtificadores.

Y así como el fracaso de la Comuna de París le confirma en su teoría de que a una revolución proletaria no le basta con adueñarse de la organización del Estado, si al propio tiempo no la destruye rápidamente—como declaran él y Engels en el último prólogo de 1872 al «Manifiesto comunista» que firmaron conjuntamente—, cuando en 1875 conoce el proyecto del programa de Gotha, que anuncia ya la fatal trayectoria de los socialistas alemanes, Marx les da la voz de alerta recordándoles por enésima y última vez—no la primera ni la única, como se figuraba Besteiro—la dictadura del proletariado. Es como su canto de cisne. Pero nadie le hizo caso entonces ni después. Cuando su «Crítica del programa de Gotha» fué publicada por primera vez en 1891, en la «Neue Zeit», muy a regañadientes de su director, Kautsky, el órgano central del partido, el «Vorwaerts», y los diputados socialistas al Reichstag rechazaron airadamente el principio de la dictadura del proletariado (3).

La suerte estaba echada. El socialismo alemán renunciaba a la revolución social y a su consecuencia marxista, la dictadura proletaria. Bernstein lo reconocía poco después con valerosa franqueza, Pero Kautsky, incapaz de esa franqueza y ese valor, quería salvar las apariencias marxistas, al propio tiempo que glosaba falsa-

(3) Besteiro llama a la Crítica del programa de Gotha un «escrito secundario». Lo será para los antimarxistas. Para Marx y los marxistas es un documento de primer orden, como que con él intenta su autor desviar a los socialistas alemanes de la influencia oportunista, antirrevolucionaria, de Lasalle, que acabaría dominando, sin el nombre, en el partido socialdemócrata de Alemania. En torno de ese documento se juega el destino de Europa y el mundo, puesto que es el partido socialista alemán el que da la pauta a todos los demás.

(1) Citado por Lenin en El Estado y la revolución. Besteiro cita, a su vez, en su discurso, esta obra excelente; pero parece dudoso que la haya leído, porque de otro modo no se explica que dijera que Marx habla de dictadura del proletariado en una sola ocasión.

(2) K. Marx: Lettres a Kugelmann (1862-1874). Pág. 162. Editions Sociales Internationales. París, 1930.